

Santo dejó de inspirar al rey, y naturalmente las gentes de Iglesia se atienen al Espíritu Santo. Hay en la Escritura una sentencia de que abusan singularmente los católicos: el apóstol dice que se debe obedecer á Dios ántes que á los hombres. Heugstenberg había olvidado esta santa máxima mientras el rey se había contentado con violar la constitucion; mas cuando el rey comenzó á resistir á las exigencias del protestantismo ortodoxo, el Espíritu Santo iluminó súbitamente á la *Gaceta eclesiástica*, que entónces se acordó de que era preciso obedecer á Dios ántes que á los hombres. Se había engañado al buscar apoyo en los príncipes: "No son sino hombres, decía, ¡y desgraciado del que pone su confianza en los hombres, porque su brazo no es más que carne!," Hé ahí, pues, la alianza rota. Quedaba el cuarto mandamiento de Dios, que la *Gaceta* había durante tanto tiempo invocando en favor de la monarquía: ¿qué iba á hacer de él? Heugstenberg olvidó el cuarto mandamiento y los comentarios que de él había hecho; olvidó que el rey era el vicario de Dios, y el súbdito leal se convirtió en un revolucionario, pero revolucionario á la manera de las gentes de la Iglesia, que dan el veneno en forma de agua bendita. Error sería tenerle aversion por esto; no es él quien habla, es Dios quien habla por su boca (1).

Dios era también quien había hablado por su boca cuando invocaba á cada instante el cuarto mandamiento; Dios es, por consecuencia, unas veces absolutista, otras revolucionario. ¿Por qué Dios y Heugstenberg hicieron la guerra al rey de Prusia? Propuso el gobierno establecer el matrimonio civil, no como regla general, sino como una simple facultad; y era el único medio de poner á los disidentes al amparo de las intrigas ortodoxas. ¿Es creíble que una medida tan justa fuera atacada por la *Gaceta eclesiástica* como un atentado contra la fe? Cosa digna de notarse: los ortodoxos protestantes razonaron como los católicos ultramontanos. En otra parte demostramos que los obispos y los papas protestan contra la libertad religiosa, porque esta libertad ataca la libertad de la Iglesia (2). La *Gaceta eclesiástica* clamó contra la violacion de la conciencia de los verdaderos creyentes, por-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 86.
(2) Véase el Estudio sobre la Iglesia y el Estado despues de la Revolucion.

que se permitía á los disidentes contraer matrimonio civil. Esto caracteriza á la ortodoxia: protestante ó católica, necesita la dominacion para ser libre. Es decir, que para que los luteranos sean libres en Prusia precisa que los calvinistas sean esclavos; y si no se les da la dominacion, se consideran oprimidos y se sublevan. Así, aquel súbdito leal que había explicado tan perfectamente el cuarto mandamiento proclamó que no se debía obedecer al príncipe sino mientras el príncipe hiciera la voluntad de Dios, tal naturalmente como la interpretará su profeta Heugstenberg. Si un mandatario era infiel á su mandato, perdía por esto mismo su autoridad; y desde este momento era un deber de conciencia resistir y excitar á todos los creyentes á la resistencia (1). ¿Quién decidirá si el mandatario es infiel? Los ortodoxos protestantes y su órgano, la *Gaceta*. Es el derecho de revolucion trasladado del pueblo á los pastores. Pudiera uno reirse de esto como de una parodia del catolicismo, si esa ridícula presuncion no viciara la conciencia pública ni destruyera el respeto del cristianismo tradicional.

VIII.

Diríase que todos los ortodoxos trabajan á porfía por la ruina del cristianismo. El papa manifiesta al mundo cristiano que el catolicismo es inconciliable con la civilizacion moderna: pronuncia la oracion fúnebre de la Iglesia. Pero á lo ménos el papa hace las cosas en grande. Veamos la obra de los papas protestantes. Comparando su pequeñez con el poder que combaten, se recuerda á los liliputienses; la humanidad los aplastará al primer movimiento que hagan. El rey de Prusia está en lucha contra los representantes de la nacion: es la arbitrariedad monárquica que se subleva contra la soberanía nacional. ¿Qué tienen que hacer los pastores en este debate? Oigámoslos:

"¡Majestad real! Debemos orar todos los domingos por el parlamento; pero no sabemos cómo conciliar este deber con los excesos á que se entrega la cámara de los diputados. ¿Podemos en conciencia elevar nuestras preces á Dios en la forma habitual mientras dure el presente conflicto? Al levantarse contra el rey, la cámara se rebela con-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 87.

tra Dios, pues que viola el mandamiento que obliga á los súbditos á honrar á su príncipe como los hijos deben respetar á su padre; y desde este momento la cámara misma se pone fuera de la Iglesia. ¿Nos será permitido orar por los que están excomulgados por Dios? Lo cierto es que en este escándalo público, nosotros, los pastores, que tenemos la mision de predicar la palabra de Dios, no podemos guardar ya silencio. Los representantes del pueblo violan un mandamiento solemne; la nacion se conmueve ya, y en el último dia consagrado á la penitencia pública, muchos fieles han hecho oír sus quejas. ¡Qué deplorable posicion para la Iglesia! Tiene que pronunciar su testimonio contra los pecados de una cámara que, por sus derechos y sus deberes, ocupa una posicion eminente. Nuestra gran inquietud nace de esa violacion pública del cuarto mandamiento, de lo cual resulta un daño incalculable. ¿Cómo podríamos velar por la observancia de la palabra de Dios, cuando la cámara da el escándalo de violar públicamente la ley que Dios ha dado á los hombres? Porque es uno de los deberes más sagrados de nuestro ministerio mantener el respeto debido á la autoridad: nosotros predicamos que los fieles deben temer á Dios y venerar al rey; nosotros enseñamos que Dios ha establecido los príncipes para ejercer su venganza sobre los malos y para proteger á los buenos; nosotros profesamos que los príncipes no llevan en vano la espada. Mas ¿de qué servirán nuestras exhortaciones y nuestros consejos, si los representantes del pueblo, reunidos en torno de su monarca, faltan impunemente al respeto de la majestad real al pié mismo del trono?" (1).

Desafiamos al hombre más grave á que guarde su seriedad al leer esta obra maestra de necedad. Pero la risa se convierte en indignacion cuando se ve á lo que tienden las predicaciones ortodoxas y cuál es su triste fruto. En nombre de Dios, sus ministros excitan al rey al perjurio, en nombre de Dios condenan como un crimen la resistencia que los representantes de la nacion oponen á la arbitrariedad real (2). Si los fieles creyeran á sus pastores, harian causa comun con los magnates; pero ¿causa comun contra quién? Contra sí mismos, porque se trata de sus derechos y de sus intereses.

(1) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1865, p. 575 y siguientes.
(2) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1865, p. 575.

Los protestantes no escuchan á sus pastores, como tampoco atienden los católicos al papa. Si las cosas no pasáran de aquí, la desgracia no sería muy grande: la Iglesia debe trasformarse si no quiere morir; pero si la Iglesia muere, ¿qué será del cristianismo? Por todas partes se nota en Alemania una antipatía creciente contra los ministros de Dios; y ¿cómo no ha de ser así, cuando en todas partes son los pastores cómplices del sistema de los príncipes? Desgraciadamente la hostilidad no se limita al clero. En los países católicos, casi todos los que desertan de la Iglesia van á dar en la incredulidad, y casi lo propio sucede en los países protestantes, no porque en éstos se identifique la Iglesia con la religion; pero cuando los hombres oyen á sus pastores vituperar, en nombre del cristianismo, todo lo que aman, todo lo que desean, ¿no han de ver un enemigo en la religion del Cristo? (1).

§ IV.—El protestantismo ortodoxo y el porvenir religioso de la humanidad.

N.º 1.—El luteranismo.

I.

La ortodoxia protestante es una ficcion. ¿Qué es, en efecto, la ortodoxia? La palabra es griega y la idea viene del cristianismo bizantino. En los primeros siglos había una gran variedad de opiniones sobre el dogma, ó, por mejor decir, no había artículos de fe, pues que nada estaba determinado. Así sucedía con el dogma fundamental de la religion cristiana, que aun cuando los fieles convinieran en exaltar la gran figura del Cristo, estaban lejos de considerarlo como idéntico con Dios. Para poner fin á estas divisiones se reunieron los obispos de la cristiandad en Nicea, bajo la presidencia de Constantino, y el concilio decidió que Jesucristo es el Hijo de Dios y que es consustancial con el Padre. Esta doctrina fué impuesta á todos los creyentes como una verdad revelada: "Ha parecido, dicen los Padres de Nicea, al Espíritu Santo y nos ha parecido á nosotros..." Se necesitó además la autoridad del emperador para dar una sancion exterior á los decretos del concilio. Las opiniones contrarias á la divinidad del Cristo fueron proscritas como heréticas.

(1) SCHENKEL, *Die kirchliche Frage*, p. 26.

Hé ahí la ortodoxia en su esencia. ¿Puede existir una doctrina ortodoxa en el seno del protestantismo? La ortodoxia se funda en la autoridad de la Iglesia, depositaria y órgano infalible de la verdad absoluta. Ahora bien, los reformadores han desertado de la Iglesia, han infamado y escarnecido al papa, tratándolo de Antecristo, y han vituperado á Roma como la prostituta del Apocalipsis. Verdad es que han sustituido la autoridad viva de Roma por la autoridad de la Escritura; pero la diferencia es enorme: los libros sagrados son la letra muerta sin interpretacion que los vivifique, y esta interpretacion se deja al espíritu de cada fiel, lo cual significa que no hay ya autoridad que declare cuál es la doctrina pura, ni por consecuencia la hay. De exterior que era la fe, se ha convertido en interior; y lejos de ser impuesta, es esencialmente libre, lo cual arruina á la ortodoxia en su esencia. No hay ortodoxia sin una autoridad exterior que la formule y que haga de ella una ley; y entre los protestantes falta esta autoridad exterior. En vano se alegan las confesiones establecidas en el siglo XVI por las diversas Iglesias protestantes, pues por el mero hecho de haber en el protestantismo muchas Iglesias, no hay ya Iglesia; y habiendo una ortodoxia laterana, una ortodoxia calvinista, una ortodoxia anglicana, una ortodoxia para cada una de las mil sectas que dividen la Reforma, no hay ya ortodoxia. ¿Puede haber doctrinas puras á docenas? ¿Hay cien verdades reveladas? Si no hay más que una, ¿cómo distinguirán los fieles la verdadera ortodoxia de las falsas ortodoxias? ¿Han intentado jamas los protestantes formular una fe para todas las Iglesias? La mera pregunta es un absurdo; y así es, en realidad, un contrasentido la idea de ortodoxia protestante.

En gran embarazo se hallan los cristianos que quieren ser juntamente ortodoxos y protestantes. Si, ante todo, se atienen á permanecer protestantes, deben rechazar las confesiones de fe como fórmulas de doctrina: "No, dicen, el protestantismo no es ni la religion de Calvino, ni la de Lutero, ni la de ninguno de nosotros. Admitir que las decisiones de algunos hombres tienen la misma fuerza que el texto sagrado es ser católico. Si el protestantismo, infiel á su principio, hubiera dado un carácter obligatorio á las opiniones de los sinodos, á los simbolos y á las confesiones de fe, no habría.

mos hecho más que cambiar de yugo y de errores. Esas confesiones son, en realidad, excepciones del principio de la Reforma. Todos honramos hoy con nuestro respeto los gloriosos monumentos de la fe de nuestros padres; pero todos tambien bebemos nuestra fe en otra fuente. Leemos las Escrituras, y no las confesiones de Augsburgo y de La Rochela: la palabra de Dios nos basta para el dogma y para la moral. Si se quiere un poder interpretador, cuyas decisiones tengan la misma fuerza que la ley, se es católico; si se quiere conservar el texto primitivo sin comentario, se es protestante."

Así se expresa un protestante frances de la escuela conservadora (1). Es evidente que, segun esta opinion, no hay ya ortodoxia, porque allí donde no hay ya autoridad no puede haber una doctrina fija sobre el sentido de la palabra de Dios. Oigamos todavía á un protestante aleman que pertenece tambien al matiz conservador, ya que no puede existir siquiera una escuela propiamente dicha entre los reformados, siendo cada fiel señor y jefe de escuela por su cuenta. "Es apartarse del espíritu del protestantismo, dice Ullmann, establecer una regla para la interpretacion de la Escritura y fijar su sentido. El teólogo protestante no puede tener otra regla que su conciencia y las enseñanzas de la ciencia libre. ¿Qué sería la investigacion de la verdadera doctrina contenida en nuestros libros sagrados, si de antemano conociéramos el fin á que debemos llegar? Si la verdad está descubierta, es inútil buscarla. Pero ¿dónde se hallaría esta verdad? Para un protestante no está más que en la Escritura entregada á la libre interpretacion de cada fiel; si la verdad no está enteramente hecha, hay que buscarla en la Escritura, donde se puede hallar lo que no han descubierto los antiguos intérpretes, ó se puede encontrar lo contrario de lo que ellos han creído leer," (2). No puede haber ya, por tanto, cuestion de una doctrina uniforme, invariable hasta el fin de los siglos; lejos de eso, hay que decir que la interpretacion es progresiva, como toda ciencia, lo cual es la negacion de la ortodoxia.

Los protestantes que quieren ser ortodoxos son, pues, por ese mero hecho, infieles al espíritu del protestantismo. Si quieren al mismo tiempo se-

(1) GASPARI (le comte de). Véase el *Disciple de Jésus-Christ*, 1865, t. 1, p. 121.

(2) ULLMANN, *Theologisches Bedenken, aus Veranlassung des Angriffs der evangelischen Kirchenzeitung*, p. 23.

guir siendo protestantes, se encierran en un círculo vicioso, de donde les es imposible salir. En efecto, como dice perfectamente un protestante liberal, la idea de ortodoxia expresa algo de inmóvil; la verdad fijada por una autoridad infalible es necesariamente inmutable. La idea de protestantismo, por lo contrario, implica la vida, el movimiento, el progreso. ¿No es, pues, contradictorio, hablar de protestantismo ortodoxo? Es como si se hablara de un movimiento inmóvil (1); y no sería más absurdo el círculo que se hiciera cuadrado. Hemos dicho que es un círculo vicioso, pero tiene una salida que conduce á Roma. Si el protestantismo pretende ser ortodoxo, es preciso que haga pública retractacion, que repudie su generosa insurreccion contra la Iglesia, que deje de ser protestante para hacerse católico.

Los protestantes que tienen todavía una gota de sangre reformada en las venas lanzan un grito de angustia: "Los ortodoxos, dicen, están en camino de Roma; ya se acercan; un paso más, y llegarán á la Ciudad Eterna," (2). ¿Es esto una falsa alarma, una de esas exageraciones debidas á las pasiones del momento? Ya hemos respondido de antemano á esta pregunta, y vamos á responder todavía. Si insistimos tanto, es porque se trata del porvenir religioso de la humanidad. El cristianismo tradicional está abandonado desde hace siglos por la conciencia moderna; es la Reforma quien ha decretado su ruina, y los sucesores de Lutero y de Calvino rechazan hoy el principio de la Reforma; se hacen realmente católicos, conservando el nombre de protestantes. ¿Qué importan algunas diferencias en el culto y aún en el dogma? No es tal ó cual rito ni creencia lo que constituye la esencia del catolicismo, sino el principio de autoridad, el principio de una Iglesia órgano infalible de la verdad revelada, y que como tal tiene poder sobre los hombres. Ahora bien, ¿qué dicen los ortodoxos y qué quieren? *La autoridad* es su consigna, su bandera; necesitan un dogma formulado por la autoridad religiosa; esta autoridad reside en el clero; la conciencia, la razon, la fe, la ciencia, todo el hombre en cuerpo y alma á él debe someterse. Ese es en sustancia el catolicismo. El que se somete á una

autoridad semejante es católico; no le faltan más que el nombre y algunas formas, y eso vendrá.

No lo decimos nosotros, sino los protestantes que aman la Reforma, porque consideran el cristianismo como el elemento vital de la civilizacion moderna. Oigamos al pastor Réville: "¿Qué pasa á nuestra vista en este momento? La ortodoxia envidia el catolicismo y lo copia torpemente; sueña en disciplina, unidad, conformidad, y todo lo sacrifica á esas falsas divinidades. Aquí aparece un pastor que admira el catolicismo, porque el catolicismo, dice, añade en vez de quitar al cristianismo; allá ve un hombre cuyo talento nadie puede negar, pero ese hombre (Guizot) no ha cesado toda su vida de causar la ruina de todos los edificios que ha pretendido sostener. ¡Desdichadas las causas á que se afilia! Su espíritu, esencialmente escolástico, encogiéndose cada vez más, no comprende ya nada de su tiempo. En el momento en que una corriente liberal penetra en todas las regiones del mundo religioso, él predica la santa alianza de todas las viejas ortodoxias," (1).

El protestantismo está en peligro, exclama un protestante aleman, más conservador que revolucionario, Schenkel, el autor de la *Vida de Jesus*. "Hace treinta años, dice, proclamaban los católicos que estaba muerta la Reforma, y ya sólo se trataba de enterrarla. Entónces nos mofábamos de sus siniestras predicciones, pareciéndonos que esos profetas de lo pasado estaban más cerca de la tumba que los discípulos de Lutero y de Calvino; mas ahora amenaza la profecía convertirse en realidad. Y no es que haya ganado en fuerza el catolicismo, está en la agonía; pero el protestantismo busca su propia muerte haciéndose católico, como si tuviera que participar de la ruina de la confesion rival. Es un verdadero suicidio. El principio vital del protestantismo es la negacion de la autoridad; se le llama protestantismo precisamente porque protestó contra la dominacion de una Iglesia que se llama esposa del Cristo é infalible. ¿Qué hacen, pues, los protestantes ortodoxos volviendo al principio de autoridad? Cavan con sus propias manos la tumba de la Reforma," (2).

Lo cierto es que el protestantismo oficial tiene

(1) LEBLOIS (pastor en Estrasburgo), *Monsieur Colani au tribunal de l'orthodoxie*, p. 5 (1861).

(2) Véanse los testimonios en DOELLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 403.

(1) ALBERT RÉVILLE, en el *Protestant libéral*, del 27 de Octubre de 1865.

(2) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1865, p. 14 y siguientes, y 169.

una impotencia que toca en la decrepitud: no tiene siquiera la fuerza que el catolicismo saca del principio de autoridad, porque este principio no es el suyo. ¿Qué se diría de una república que tomara de la monarquía las máximas del despotismo real? Sería acusada de traición ó de estupidez; pues lo propio es preciso decir de los protestantes ortodoxos. El reproche es duro, y, sin embargo, no revela todavía toda la ceguera de la ortodoxia protestante. Supongamos que, en un siglo en que la democracia tiende á invadir hasta las monarquías, renegáran los republicanos de la democracia; se calificaría sin duda de locura; pues esa es precisamente la locura del protestantismo ortodoxo. En nuestra época se van los reyes, y los pueblos ocupan su puesto: ¿cuál es la razón primera de ese movimiento de libertad que ataca y destruye todo lo que se llama autoridad, sino el espíritu de individualismo que hemos recibido de la raza germánica? ¿Y no es ese mismo individualismo el que engendró la Reforma? Así triunfa por do quiera el principio protestante en la sociedad moderna: impele á las naciones esclavizadas á reivindicar su nacionalidad; excita á los pueblos á reclamar su soberanía; provoca á los individuos á oponer sus derechos al Estado, que pretende absorberlos; inspira la ciencia y la emancipa de todos los lazos de la tradición. ¡Y cuando el principio protestante invade el mundo, los protestantes lo abandonan! Lo abandonan cuando debieran proclamarlo más altamente que nunca, para conquistar el mundo en nombre del cristianismo convertido á su esencia. ¡Cómo! ¡Ven los protestantes perecer el catolicismo; ven hombres ávidos de religión que desertan de la Iglesia porque no satisface ya sus aspiraciones, y en vez de tenderles la mano, se hacen católicos!

Creemos de buen grado que haya protestantes ortodoxos convencidos de que sólo su doctrina puede salvar el cristianismo y la religión; mas la verdad es que si de intento quisieran perder el cristianismo y la religión, no lo podrían lograr mejor que haciendo causa común con el catolicismo contra el libre pensamiento. ¿Por qué ha desertado la humanidad del catolicismo? Porque éste es inconciliable con el espíritu de libertad que constituye la vida humana. Si el protestantismo declara también la guerra al espíritu moderno, si proclama también el principio de autoridad que no quieren

ya los pueblos, desecharán los hombres la Reforma como han desertado de la Iglesia; y si se obstina en predicar que no hay otra religión posible que el cristianismo tradicional, que repugna á todos los instintos de la sociedad moderna, dirán los hombres: ¡perezca la religión, pues que una religión incompatible con la razón, incompatible con la libertad, no puede ser sino la obra del error! Hé ahí el grave peligro que amenaza al cristianismo y á la idea misma de religión. ¿Cómo prestan la mano los protestantes á la ruina del cristianismo? Sobre este destino trágico del protestantismo ortodoxo llamamos la atención de todos aquellos que, aunque se hallen fuera de la Iglesia, se interesen por la religión, y, de consiguiente, por el cristianismo de Jesucristo. No, la ruina de la ortodoxia protestante y católica no traerá la ruina de la religión; pero no hay más que un camino de salvación, el de que no se confunda el cristianismo con la ortodoxia. Ésta está destinada á morir, está ya muerta. Dejemos lo que está muerto y atengámonos á lo que tiene vida.

II.

Hemos dicho que la ortodoxia protestante es una ficción. ¿En qué descansa? Los ortodoxos invocan las confesiones del siglo XVI. Es bien cierto que los reformadores tenían la pretensión de permanecer fieles á la fe tradicional; se defendían como de una injuria de la acusación de herejía. Después de enumerar los artículos de fe admitidos por los discípulos de Lutero, añade la confesión de Augsburgo: "Tal es nuestra doctrina. Se ve que no hay en ella nada de contrario á la Escritura ni al dogma de la Iglesia romana, en cuanto éste se apoya en los escritos de los Santos Padres. Por eso es una injusticia tratarnos de herejes." La confesión de Augsburgo insiste repetidas veces en esta importante declaración: "No nos separamos de la Iglesia católica en ningún punto de fe; nos limitamos á abolir algunos abusos poco numerosos que se han introducido á pesar de los cánones." Después explica la confesión cuáles son estos abusos, y termina repitiendo que velen los protestantes para que no se admita en sus Iglesias ninguna novedad.

Hé ahí una confesión que no puede ser más ortodoxa. Es cierto que los reformadores no preten-

dian innovar absolutamente nada en el dogma, y que rechazaban con tanto horror como los católicos la idea de un cristianismo perfectible (1); pero la innovación resultaba del mero hecho de repudiar la Iglesia como órgano é intérprete de la verdadera doctrina. Razón tienen los católicos al decir que la revelación es imperfecta, si no hay una autoridad encargada de interpretarla y de velar sobre la verdad revelada para que no se altere. Al rechazar toda autoridad exterior, los protestantes abandonaban implícitamente la ortodoxia para lanzarse á las aventuras de la novedad. En esto consistía la revolución religiosa, y no tardó en dar sus frutos. Desde el principio hubo protestantes no ortodoxos, los unitarios, que negaban el dogma fundamental del cristianismo tradicional, la divinidad de Jesucristo; y los mismos ortodoxos ponían una condición á su ortodoxia, la de que la verdadera doctrina estuviese consagrada por la Escritura y por los Padres, creyendo sinceramente que lo estaría; pero no tardaron en advertir que los dogmas habían sido fabricados por la mano del hombre, y acabaron por reparar que la misma Escritura no era la palabra de Dios, tal como ellos se lo habían imaginado. Desde este momento, el protestantismo cambió de naturaleza; abandonó sucesivamente todos los dogmas del cristianismo tradicional; la inmovilidad de la ortodoxia cedió el puesto á una creencia progresiva. Á pesar de este cambio no se puede decir que el protestantismo se desviara de su principio, porque desde el comienzo de la Reforma había apelado al juicio de los fieles, y tuvieron ó no conciencia de ello, este principio debía conducir á los protestantes á una religión individual, la cual es la negación radical de la ortodoxia. Así todas las sectas del protestantismo han abandonado las antiguas confesiones de fe. "No se podría citar, dice Réville, una sola Iglesia que atribuya rigurosamente fuerza de ley á todos los puntos de su confesión primitiva. Ser luterano en Alemania no significa en modo alguno que se reconozca la exactitud de todos los dogmas consignados en la confesión de Augsburgo; y ser reformado en Francia no implica de ninguna manera la adopción de todos los artículos de la confesión de La Rochela," (1).

(1) Véase el *Estudio sobre la Reforma*.

(2) RÉVILLE, *Essais de critique religieuse*, Préface, p. LVIII.

Si no puede la ortodoxia protestante apoyarse ni en una Iglesia infalible ni en una confesión de fe que tenga fuerza de ley, ¿en qué se apoya, pues, y cómo se puede saber lo que es ortodoxo y lo que no lo es? Vamos á oír las respuestas de las diversas ortodoxias, porque hay tantas como Iglesias, lo cual bastaría ya para destruir la idea de ortodoxia. Háse dicho, y con razón, que la revelación fué arruinada en su fundamento el día en que se reparó que había muchas religiones que pretendían todas ser reveladas, y que todas alegaban testimonios del mismo orden para probar sus pretensiones. Con mayor razón no puede haber ya cuestión de doctrina ortodoxa, cuando en el seno de una sola y misma religión hay muchas sectas y tantas doctrinas como sectas. Una ortodoxia destruye la otra, como una revelación destruye la otra. Esto es lo que nos van á decir las mismas pretendidas ortodoxias.

III.

¿Han reflexionado los ortodoxos en lo imposible de su empresa? Decimos imposible, y pudiéramos decir absurdo y ridículo. Se trata de resucitar las confesiones del siglo XVI. Ahora bien, no se resucitan las doctrinas como no se resucita á los hombres, porque sería preciso resucitar á los hombres para resucitar las doctrinas. ¿No son esas confesiones obra de teólogos, es decir, de hombres que tenían los sentimientos, las ideas, las preocupaciones, los errores de su tiempo? ¿Y no dependía de las mil causas que determinaban su manera de sentir y de pensar la interpretación que daban á la Escritura? Pues bien, todas esas causas han cambiado. ¿Hay que enseñar á los ortodoxos que los hombres del siglo XIX no son los del siglo XVI? ¿Cómo ha de comprenderse hoy la Escritura de la manera que se comprendía hace cuatrocientos años? Necesitaríamos hacernos hombres del siglo XVI para ser ortodoxos luteranos ó calvinistas; y así los ortodoxos á quienes queda un poco de buen sentido retroceden ante la enormidad de sus pretensiones. En Alemania Heugstenberg, ese guardian severo de la ortodoxia luterana, se declaraba satisfecho con que los teólogos mantuvieran los puntos esenciales de la verdadera doctrina; y con este motivo, un teólogo que no pertenece á la escuela liberal preguntaba á la *Gaceta eclesiástica* cuáles eran los puntos esenciales y cuáles no. Esta